

Los manglares de la frontera: un abrazo entre mujeres y una propuesta para la vida

Inés Morales Lastra

Confederación Afroecuatoriana del Norte de Esmeraldas. CAN

Quiero referirme a un tema que no hemos tocado en este evento. Tiene que ver con los manglares, con los recursos que hay en esos espacios, pero sobre todo tiene que ver con las personas que trabajan en esos espacios que son sobre todo mujeres y todos sabemos que en nuestra cultura, cuando hablamos de mujeres, estamos hablando de niños, niñas, mejor dicho de la familia.

Las familias que estamos viviendo –mejor dicho muriendo- en las áreas de frontera sabemos que las compañías mineras que se asientan en nuestras tierras, envenenan los ríos y matan la vida de las quebradas, y todo eso afecta la vida de los bosques en la región. Mil veces, desde las organizaciones, hemos mostrado que estas compañías mineras y que las camaroneras afectan el equilibrio de los territorios y, con eso, afectan la vida de las comunidades; curiosamente los funcionarios dicen que todo esta bien, que no pasa nada.

nosotros sabemos que nuestros pueblos, tanto los que están de este como del otro lado de la raya, llegaron a vivir en estos territorios hace un poco más de 400 años y durante todo ese tiempo han vivido en estas tierras en paz con todos los otros pueblos. Durante todo este tiempo las comunidades negras asentadas, tanto de este como del otro lado de la raya, han cuidado de estos territorios sabiendo que tienen que dejarlas como una herencia para las nuevas generaciones.

Los manglares de la frontera: un abrazo entre mujeres

En los sectores fronterizos se encuentra gran variedad de biodiversidad, sobre todo en las áreas de los manglares que es de donde yo vengo, pero nuestras familias tienen que recorrer grandes áreas de manglar para sacar un ciento de concha. Pero esto antes no pasaba, la carestía que se vive en el manglar es producto del daño que hicieron las camaroneras. Entonces ahora entendemos que nuestro sufrimiento lo trajó el que viene de afuera, los que traen otros intereses.

Los pueblos afrodescendientes conocemos, porque así lo aprendimos de nuestros mayores, que más allá del valor que tiene la biodiversidad como fuente de vida, sabemos que en los manglares, en los bosques y en cada rincón de este territorio, existen unos personajes, unos seres intangibles que son parte de nuestra manera de ver el mundo. Ese valor que para nosotros tienen estos territorios, los otros no lo pueden ver.

El manglar es fuente de vida, es el lugar donde una buena cantidad de mujeres afrodescendientes buscan los alimentos para su familia, pero también buscan los centavos para sostener la familia en una región donde la falta de trabajo es un mal que afecta a miles de mujeres. Los

manglares y las mujeres que trabajan en los manglares, que cubren la raya de frontera, son todas mujeres afrodescendientes.

Las mujeres y los hombres que viven en el manglar, mejor dicho de la vida del manglar, con su trabajo diario y con los múltiples recorridos por las caletas que ese trabajo demanda, borran la línea de frontera, porque la gente del manglar cada día -como en los viejos tiempos- está obligada a trajinar del uno y del otro lado de la raya. Ellos viven sin fronteras.

Esto es verdad para las mujeres y los hombres del manglar; estos espacios son fuentes de vida y más que todo son espacios del trabajo diario, son parte de sus herencias ancestrales y los asuntos políticos tienen poco que ver con sus realidades sociales, económicas y culturales que nosotros vivimos. Por eso, para mucha gente, la frontera es solo una raya.

Entonces el derecho para comerciar la concha, intercambiar los otros productos que salen del manglar, mejor dicho, la libertad de poder caminar sin tropiezo la raya de frontera, costa arriba y costa abajo, como en el tiempo de los mayores, tiene que ser parte del derecho mayor de estas mujeres, porque como se decía ayer: “Cuando los Estados de Ecuador y Colombia no eran, los derechos ancestrales de estas mujeres ya era”. Pero esto es algo que los gobiernos tienen que garantizar.

Quería agregar algo que puede servir para unas discusiones futuras. El término “raya” para referirse a la frontera es una construcción que nace desde nuestros pueblos. Fueron nuestros mayores los que acuñaron este concepto, frente a lo que se imponía desde los Estados. Ellos decidieron que toda esa construcción desde los otros se podía reducir a una raya.

A manera de propuesta

Quiero proponer dos cositas desde la realidad de las mujeres que viven del trabajo de la concha:

Se tiene que modificar el concepto de frontera para que las personas que son nativas y que trabajan en esa región, como es el caso de las mujeres del manglar, no tengan que estar lidiando con unos funcionarios y con unas leyes que fueron puestas por gente que vive en las ciudades y no entienden que las fronteras tienen distintas lecturas.

Para las mujeres que vivimos del manglar, los manglares de la frontera tienen que ser vistos como un espacio de trabajo compartido entre las familias que por cientos de años hemos cuidado estos recursos. Los espacios territoriales de los manglares tienen que ser como un abrazo de estas dos naciones en las que estamos viviendo.

Nosotras creemos que se tiene que cambiar el concepto de “frontera violenta”, por el de “frontera amigable”, respetuosa, espacio de vida y hermandad, ese cambio sería de gran ayuda para las familias que trabajan en los manglares de este gran territorio de frontera.

Muchas gracias.